



La gaya ciencia

Friedrich Nietzsche



Traducción de
José Jara

ariel  Quintaesencia

La gaya ciencia

Friedrich Nietzsche

Traducción de José Jara

ariel  Quintaesencia

Título original: *Die fröhliche Wissenschaft*

Primera edición: marzo de 2019

© 1992, de la traducción: Monte Ávila Editores Latinoamericana
Traducción y notas: José Jara

© 2019, de los textos de los mapas conceptuales: Vicente Campos

© 2019, de las ilustraciones y el diseño de los mapas conceptuales:
J. Mauricio Restrepo

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2981-9

Depósito legal: B. 2.465-2019

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o
por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I
LOS MAESTROS DE LA FINALIDAD
DE LA EXISTENCIA

Ya sea que dirija la vista a los hombres con una buena o mala mirada, siempre los encuentro a todos y a cada uno en particular dedicados a *una* tarea: hacer aquello que es provechoso para la conservación del género humano. Y en verdad no lo hacen debido a un sentimiento de amor por este género, sino simplemente porque no hay en ellos nada más viejo, fuerte, implacable e insuperable que aquel instinto; pues precisamente este instinto es *la esencia* de nuestra especie y de nuestro rebaño. Si demasiado rápidamente y con la habitual miopía que no ve más allá de cinco pasos, se acostumbra a separar pulcramente a los prójimos en hombres útiles y dañinos, buenos y malos, ante una rendición de cuentas en mayor escala, ante una reflexión más prolongada acerca de la totalidad, uno se volverá más desconfiado frente a esta pulcritud y separación, y finalmente la abandonará. También el hombre más dañino es, con respecto a la conservación de la especie, tal vez aun el más útil; pues él alimenta instintos en sí mismo, o a través de su acción alimenta los instintos de otros, sin los cuales la humanidad se habría debilitado o corrompido hace largo tiempo. El odio, la alegría por el mal ajeno, el afán de robo y de dominio y todo a cuanto se llama malvado forman

parte de la más asombrosa economía de la conservación de la especie; por supuesto, de una economía costosísima, derrochadora y, vista en general, altamente insensata; la que sin embargo hasta ahora ha conservado a nuestra estirpe, *tal como se ha demostrado*. Ya no sé si es que tú, mi querido semejante y prójimo, *puedes* vivir en contra de la especie, es decir, de manera «irracional» y «mala»; tal vez lo que hubiera podido perjudicar a la especie ya se ha extinguido desde hace muchos milenios, y pertenece ahora a aquellas cosas que ya ni siquiera son posibles para Dios. Quédate absorto con tus mejores o tus peores apetitos, y por encima de todo: ¡perece!; en ambos casos eres probablemente aún de alguna manera el promotor y el benefactor de la humanidad, y podrás permitirte tener por eso tu panegirista, ¡e igualmente quien te satirice! Pero nunca encontrarás a aquel que de ti, en cuanto individuo, sepa burlarse plenamente incluso de lo mejor que posees, aquel que pudiera tratar con holgura tu ilimitada pobreza de mosca y de rana, ¡tan satisfactoria para ti y que se aviene con la verdad! Reírse de sí mismo como se tendría que reír *desde dentro de la verdad plena* ¡es algo para lo cual los mejores hombres no han tenido suficiente sentido de la verdad y demasiado poco genio los más dotados! ¡Tal vez aún existe un futuro para la risa²¹! En aquel tiempo en que la proposición «la especie lo es todo, uno es siempre ninguno» se haya hecho cuerpo en la humanidad, y en que para cada uno esté abierto en todo momento el acceso a esta última liberación e irresponsabilidad. Tal vez entonces se habrán aliado la risa y la sabiduría, tal vez sólo entonces exista la «gaya ciencia». Entretanto es completamente diferente, entretanto

no se ha «hecho consciente» a sí misma aún la comedia de la existencia, entretanto continúa el tiempo de la tragedia, el tiempo de la moral y de la religión. ¿Qué significa que siempre aparezcan de nuevo aquellos fundadores de la moral y de las religiones, aquellos primeros creadores de la lucha por las valoraciones morales, aquellos maestros de los remordimientos de conciencia y de las guerras de religión? ¿Qué significan estos héroes sobre este escenario? Pues hasta ahora sólo fueron sus héroes los que aparecieron, y todo el resto –que de tiempo en tiempo se mostraba como lo único visible y demasiado cercano– siempre sirvió sólo como preparación para estos héroes, ya sea como tramoya o bastidores o en el papel de confidente y sirviente. (Los poetas, por ejemplo, siempre fueron los sirvientes de alguna moral.)

Es evidente que también estos trágicos trabajan por el interés de la *especie*, aun cuando ellos quieran creer que lo hacen en interés de Dios y como enviados de Dios. También ellos promueven la vida del género, *en tanto que promueven la creencia en la vida*. «Es valioso vivir –proclama cada uno de ellos–, esta vida tiene algo valioso en sí misma, la vida posee algo detrás de ella, debajo de ella, ¡poneos en guardia!» Aquel instinto que impera parejamente en el hombre más elevado y en el más común, el instinto de la conservación de la especie, irrumpe de tiempo en tiempo como razón y pasión del *espíritu*; aparece entonces con un resplandeciente séquito de razones en torno a él, y con todo su poder quiere hacer olvidar que en su raíz es apetito, instinto, insensatez, carencia de razón. ¡*Por eso* la vida *debe ser* amada! ¡*Por eso* el hombre *debe* promoverse a sí mismo y a su prójimo! ¡Y como

quiera que se llamen todos estos debes y por esos, y como quiera que puedan llamarse en el futuro! Para que lo que es necesario y siempre acontece desde sí mismo y sin ningún fin, de ahora en adelante aparezca como un hecho de acuerdo a un fin y se evidencie al hombre como razón y último mandamiento; para eso entra en escena el maestro ético como el maestro de la finalidad de la existencia; para eso inventa una segunda existencia, diferente, y mediante su nueva mecánica saca a esta vieja existencia ordinaria de su viejo gozne ordinario. ¡Sí! Él no quiere en absoluto que nosotros nos *riamos* de la existencia, tampoco de nosotros, menos aún de él; para él uno es siempre uno, algo primero y último terrible, para él no hay ninguna especie, ninguna suma, ningún cero. Por insensatas y exaltadas que puedan ser sus invenciones y valoraciones, por mucho que desconozca la marcha de la naturaleza y niegue sus condiciones –y todas las éticas fueron desde hace largo tiempo hasta tal punto insensatas y antinaturales, que bajo cada una de ellas la humanidad podría haber sido aniquilada en caso de que se hubiesen apoderado de la humanidad–, de todas maneras, cuando «el héroe» subió al escenario se alcanzó algo nuevo, la pavorosa contrapartida de la risa, aquel profundo estremecimiento de muchos individuos ante el pensamiento: «¡Sí, vale la pena vivir! ¡Sí, merezco vivir». La vida y yo y tú y todos nosotros, unos con otros, se nos convirtió una vez más, y por algún tiempo, en algo *interesante*.

No cabe negar que, *a la larga*, la risa y la razón y la naturaleza han llegado a dominar hasta ahora sobre cada uno de estos grandes maestros de la finalidad: siempre

desembocó finalmente la breve tragedia en la eterna comedia de la existencia, y las «olas de incontables carcajadas» –según la expresión de Esquilo– tienen que estrellarse, por último, también contra el más grande de estos trágicos. Sin embargo, tomando en cuenta todas estas risas correctoras y vista en total, la naturaleza humana efectivamente se modificó mediante esta renovada aparición de aquellos maestros de la finalidad de la existencia; ella tiene ahora una menesterosidad más, precisamente la menesterosidad de la renovada aparición de tales maestros y doctrinas sobre la «finalidad»²². El hombre se convirtió paulatinamente en un animal fantástico que tiene que llenar una condición de la existencia más que cualquier otro animal: de tiempo en tiempo el hombre *tiene* que creer que sabe *por qué* existe, ¡su género no puede prosperar sin una periódica confianza en la vida! ¡Sin la creencia en la presencia de la *razón en la vida*! Y de tiempo en tiempo decretará una y otra vez la estirpe humana: «¡Hay algo sobre lo cual en absoluto nunca más se permitirá reír!». Y el más cauteloso amigo del hombre añadirá: «¡No sólo la risa y la sabiduría jovial, sino también lo trágico con toda su sublime irracionalidad, pertenecen a los medios y a las necesidades de la conservación de la especie!».

¡Y por consiguiente! ¡Por consiguiente! ¡Por consiguiente! ¿Me entendéis, oh, hermanos míos? ¿Entendéis esta nueva ley del flujo y reflujo? ¡También nosotros tenemos nuestro tiempo²³!

LA CONCIENCIA INTELECTUAL²⁴

Una y otra vez tengo la misma experiencia y cada vez me resisto de nuevo contra ella, no lo quiero creer, aun cuando lo palpe con mis propias manos: *la mayoría carece de conciencia intelectual*; incluso a menudo me parece como si con esta exigencia uno se encontrase, en las ciudades más pobladas, tan solo como en el desierto. Cada una te mira con ojos extraños y continúa manejando su balanza, y a éste lo llama bueno y malvado a aquél; nadie se ruboriza cuando haces notar que estas pesas no están bien equilibradas; tampoco nadie se indigna en contra de ti: tal vez alguien se ríe de tu duda. Quiero decir: la *mayoría* no encuentra despreciable creer esto o aquello y vivir de acuerdo a eso, *sin* haberse hecho consciente previamente la última y más segura razón en pro o en contra, y sin siquiera darse el trabajo de ofrecer posteriormente tales razones; los hombres más dotados y las mujeres más nobles pertenecen también a esta «mayoría». Qué me importan la bondad, la delicadeza y el genio, cuando los hombres que poseen estas virtudes se toleran a sí mismos sentimientos perezosos con respecto a la creencia y al juzgar, cuando *el anhelo por la certeza* no es válido para él como el apetito más íntimo y la más profunda penuria²⁵, ¡como lo que separa a los hombres más elevados y a los más bajos! En ciertos hombres piadosos encontré un odio contra la razón, y estaba de acuerdo con ellos: ¡pues así se delataba por lo menos la mala conciencia intelectual! Pero encontrarse en medio de esta *rerum*

*concordia discors**, y de la total y maravillosa incertidumbre y ambigüedad de la existencia, y *no preguntar*, no estremecerse ante el deseo y el placer de preguntar, ni siquiera odiar al que pregunta, tal vez incluso deleitarse débilmente con él; eso es lo que siento como *despreciable*, y ésa es la sensación que busco en primer lugar en cada uno; algún tipo de locura intenta convencerme una y otra vez de que todo hombre, en tanto hombre, tiene esta sensación. Es mi manera de ser injusto.

3

NOBLE Y VULGAR

A los seres vulgares todos los sentimientos nobles y generosos les parecen carentes de finalidad y, por eso y en primer lugar, como increíbles: pestañean rápidamente entrecerrando los ojos cuando escuchan a alguien de ese tipo, y parecen querer decir: «Seguramente se encontrará allí alguna buena ventaja, uno no puede ver a través de las paredes»; son suspicaces frente al hombre noble, como si él buscara una ventaja a través de caminos ocultos. Si llegan a convencerse con demasiada claridad de la ausencia de intenciones y ganancias egoístas, entonces consideran al noble como a una especie de loco: lo desprecian en su alegría y se ríen del brillo de sus ojos. «¡Cómo puede uno alegrarse de estar en desventaja, cómo puede uno querer conscientemente quedar en desventaja! Alguna enfermedad de la razón tiene que estar

* «La concordia discordante de las cosas.»

ligada con el sentimiento de nobleza», así piensan ellos y a la vez miran desdeñosamente: tal como desdeñan la alegría que tiene el loco con su idea fija. El ser vulgar se destaca por el hecho de que conserva su ventaja inalterable ante su ojos, y que este pensar en la finalidad y en la ventaja es más fuerte incluso que el más fuerte instinto que haya en él: no dejarse seducir por aquel instinto hacia acciones sin finalidad, ésa es su sabiduría y su vanidad. En comparación con éste, el ser superior es el *más irracional*; puesto que el noble, generoso, abnegado, de hecho sucumbe ante sus instintos, y su razón *hace una pausa* en sus mejores instantes. Un animal que con peligro de su vida protege a sus cachorros, o que en el período de celo sigue a la hembra hasta la muerte, no piensa en el peligro y en la muerte; también su razón se toma una pausa, pues el placer por su cría o por la hembra y el temor de ser despojado de este placer lo dominan completamente; se vuelve más bruto de lo que ya es, tal como sucede con el noble y generoso. Éste posee unos sentimientos de placer y desplacer de tal fuerza, que el intelecto tiene que callar ante ellos o colocarse a su servicio: en ellos avanza el corazón hasta la cabeza y se habla entonces de «pasión». (De vez en cuando aparece empero lo opuesto a ésta y, por decirlo así, la «inversión de la pasión», por ejemplo, cuando a Fontenelle alguien le puso una vez la mano en el corazón, diciéndole: «Lo que tiene allí, querido mío, también es cerebro».) La sinrazón o la razón oblicua de la pasión es lo que el hombre vulgar desprecia en el noble, especialmente cuando éste dirige su atención hacia objetos cuyo valor a él le parece completamente fantástico y arbitrario. Se

irrita con aquel que sucumbe a la pasión del vientre, aunque entiende la excitación que aquí provoca el tirano; pero él no entiende cómo alguien, por ejemplo, pueda poner en juego su salud y honor por amor a una pasión del conocimiento. El gusto del ser superior se dirige hacia la excepción, hacia cosas que habitualmente dejan frío y no parecen tener ninguna dulzura; el ser superior tiene un singular criterio de valor²⁶. Pero la mayoría de las veces él *no* cree tener en su idiosincrasia del gusto un singular criterio del valor; él coloca más bien sus valores y no valores como los valores y no valores válidos para todos, y se convierte por eso en un ser incomprendible y poco práctico. Es muy raro que a un ser superior le sobre tanta razón como para comprender y tratar al hombre cotidiano como tal: la mayoría de las veces cree en su pasión como en la pasión que todos han mantenido oculta, y precisamente en esta creencia se encuentra lleno de fervor y de elocuencia. Ahora bien, cuando tales seres de excepción no se sienten a sí mismos como una excepción, ¡cómo habrían de poder comprender jamás a los seres vulgares y apreciar con ecuanimidad la norma!; y así es como hablan también llenos de asombro de la locura, de lo que contraviene a la finalidad y fantasmagorías de la humanidad, acerca de cuán descabelladamente discurre el mundo y por qué no quiere reconocer lo que «a él le hace falta». Ésta es la eterna injusticia del noble.

LO QUE CONSERVA LA ESPECIE

Los espíritus más fuertes y los más malvados son los que hasta ahora más han hecho avanzar a la humanidad: siempre encendieron de nuevo las pasiones adormecidas –toda sociedad establecida adormece las pasiones–, despertaron una y otra vez el sentido de la comparación, de la contradicción, del placer por lo nuevo, arriesgado, por lo no experimentado; obligaron a los hombres a contraponer opinión contra opinión, modelo contra modelo. Con las armas, derribando los límites, la mayor parte de las veces ofendiendo a la piedad: ¡pero también mediante nuevas religiones y morales! En cada maestro y predicador de lo *nuevo* existe la misma «maldad» que hace desacreditar al conquistador, ¡aunque ella se exprese delicadamente y no ponga inmediatamente en movimiento los músculos²⁷, y por eso mismo no desacredite de igual manera! Pero bajo todas las circunstancias, lo nuevo es lo *malvado*, en tanto que lo que conquista quiere trastocar los antiguos límites y las antiguas piedades; ¡y sólo lo antiguo es lo bueno! Los hombres buenos de todos los tiempos son aquellos que cavan en lo profundo los viejos pensamientos y que fructifican con ellos, los labradores del espíritu. Pero finalmente se agotará aquella tierra y tendrá que venir una y otra vez el arado del hombre malvado²⁸. Existe actualmente una doctrina de la moral profundamente errónea, que es particularmente celebrada en Inglaterra: de acuerdo con ella, los juicios «bueno» y «malvado» son la recolección de la experiencia acerca de lo «conveniente» e «inconveniente»; de acuerdo con

ella, se llama «bueno» a lo que conserva la especie, por el contrario se llama «malvado» a lo que perjudica a la especie²⁹. En verdad, los instintos malvados son convenientes, conservadores de la especie e imprescindibles en un grado igualmente alto que los buenos: sólo que su función es diferente.

5

DEBERES INCONDICIONADOS³⁰

Todos aquellos hombres que sienten que necesitan de las palabras y sonidos más fuertes, de los más elocuentes gestos y posiciones para producir al menos un efecto –políticos revolucionarios, socialistas, predicadores de la penitencia, con o sin cristianismo–, para todos los cuales no se ha de permitir siquiera un mediano éxito: todos éstos hablan de «deberes» y, en efecto, siempre hablan de deberes con el carácter de lo incondicionado; sin ellos no tendrían ningún derecho a su *pathos* tan grande: ¡ellos lo saben muy bien! Por eso echan mano a filosofías de la moral que predicán algún tipo de imperativo categórico³¹ o asumen para sí un buen trozo de religión, como hizo por ejemplo Mazzini. Porque quieren que se confíe en ellos sin condiciones, necesitan en primer término confiar incondicionadamente en sí mismos sobre la base de algún mandamiento último, indiscutible y superior en sí mismo, del que ellos quisieran sentirse y presentarse como su servidor e instrumento. Aquí encontramos a los enemigos más naturales y a menudo más influyentes de la ilustración y duda moral:

pero son escasos. Por el contrario, existe una clase muy amplia de estos enemigos en todos aquellos lugares en que el interés enseña el sometimiento, mientras que la fama y el honor parecen prohibir el sometimiento. Quien se sienta deshonrado ante el pensamiento de ser el *instrumento* de un príncipe o de un partido y una secta o incluso de un poder financiero, por ejemplo, de una antigua y orgullosa familia, pero que precisamente quiere ser este instrumento o tiene que serlo –ante sí mismo o ante la opinión pública–, éste requiere de principios patéticos que se puedan pronunciar en cualquier momento: principios de un deber incondicionado ante el cual uno se pueda someter sin vergüenza y le sea lícito mostrarse sometido. Todo servilismo refinado se aferra al imperativo categórico, y es el enemigo mortal de aquel que quiere quitarle el carácter incondicionado al deber: así lo exige de ellos el decoro, y no sólo el decoro.

6

PÉRDIDA DE LA DIGNIDAD

La reflexión ha perdido toda su dignidad formal, se ridiculiza el ceremonial y el gesto solemne de la reflexión, y un sabio del viejo estilo ya no lo soportaría. Pensamos demasiado rápido, durante el camino y en medio del caminar, en medio de negocios de todo tipo, incluso cuando pensamos en lo más serio; requerimos pocos preparativos, hasta poco silencio; es como si llevásemos en la cabeza por todas partes una máquina que rueda in-

deteniblemente, que continúa trabajando incluso bajo las condiciones más desfavorables. Antiguamente se le notaba a cualquiera cuando alguna vez quería pensar –¡efectivamente era la excepción!–, cuando se proponía volverse más sabio y se preparaba para pensar un pensamiento: se asumía a un aire como para una oración y se detenía el paso; sí, cuando «venía» el pensamiento se quedaba inmóvil por largas horas en la calle, sobre una pierna o sobre las dos. ¡Así se mostraba «digno de la situación»!

7

ALGO PARA LABORIOSOS

Quien actualmente quiera dedicarse a estudiar los asuntos morales, se abre a un formidable campo de trabajo. Todas las especies de pasiones tienen que ser repensadas individualmente, rastreadas individualmente a través de los tiempos y de los pueblos, de las grandes y pequeñas individualidades; ¡su plena razón y todas sus estimaciones de valor e iluminaciones de las cosas deben salir a la luz! Hasta ahora carece aún de historia todo lo que ha dado color a la existencia: ¿dónde podría encontrarse una historia del amor, de la codicia, de la envidia, de la conciencia, de la piedad, de la crueldad³²? Incluso falta completamente hasta ahora una historia comparada del derecho, o tan sólo del castigo³³. ¿Se han hecho ya objeto de investigación las diferentes divisiones del día, las consecuencias de un establecimiento reglamentado del trabajo, la fiesta y el descanso? ¿Se conocen los efectos morales de los medios de nutrición³⁴? ¿Existe una filoso-

ña de la nutrición? (¡El alboroto que estalla una y otra vez acerca de los pro y contras del vegetarianismo demuestra ya que no existe aún tal filosofía!) ¿Se han recopilado ya las experiencias acerca de la vida en común, por ejemplo, las experiencias de los conventos? ¿Se ha expuesto ya la dialéctica del matrimonio y de la amistad? ¿Han encontrado ya a su pensador las costumbres de los eruditos, los comerciantes, los artistas, los artesanos? ¡Hay tanto que pensar sobre ello! Todo lo que hasta ahora los hombres han considerado como sus «condiciones de existencia» y toda la razón, pasión y superstición que hay en esta consideración, ¿ha sido investigado esto hasta el final? Tan sólo la observación de los diferentes crecimientos que han tenido y aún pueden tener los instintos humanos de acuerdo a los diferentes climas morales, da ya mucho trabajo para el más laborioso; se requieren generaciones enteras y un trabajo en común planificado de generaciones de eruditos para agotar los puntos de vista y el material³⁵. Lo mismo es válido acerca de la comprobación de los fundamentos para la pluralidad de climas morales («¿*por qué* ilumina aquí este sol a un juicio moral fundamental y a un criterio central de valor, y allí otro?»). Y todavía es un nuevo trabajo el que ha de determinar el error de todos estos fundamentos y la plena esencia de los actuales juicios morales. Supuesto el caso que se realicen todos estos trabajos, aparecería entonces en primer plano la más comprometedor de todas las preguntas: si la ciencia se encuentra en condiciones de *dar* fines para el obrar, después de haber demostrado que puede quitarlos y aniquilarlos; y entonces sería pertinente un experimentar en el que todo tipo de heroísmo

podiera satisfacerse, un experimentar de siglos de duración que eclipsaría todos los grandes trabajos y sacrificios de la historia habida hasta ahora. La ciencia no ha construido hasta el momento su obra de cíclopes; ¡también llegará el tiempo para eso!

8

VIRTUDES INCONSCIENTES

Todas las cualidades de un hombre de las que él tiene conciencia –y particularmente, cuando también da por supuesto su visibilidad y evidencia para quienes le rodean– se encuentran bajo leyes de desarrollo completamente diferentes a aquellas cualidades que a él le son desconocidas o mal conocidas, y que debido a su sutileza se ocultan también ante los ojos de un observador sutil y saben esconderse como detrás de la nada. Así acontece con las finas esculturas que se forman sobre las escamas de los reptiles: sería un error conjeturar que son una joya o un arma, pues sólo se las alcanza a ver con el microscopio; por consiguiente, con un ojo tan artificialmente agudizado, ¡del que precisamente carecen aquellos animales *para* los cuales ellas pudiesen significar algo así como una joya o un arma! Nuestras cualidades morales visibles, y particularmente las que nosotros *creemos* visibles, siguen su camino; y las invisibles y completamente semejantes a ellas, y que en relación con otras no son para nosotros ni una joya ni un arma, *también siguen su camino*: uno completamente distinto, probablemente, uno con líneas y sutilezas y esculturas que tal vez po-

drían deleitar a un Dios que tuviese un microscopio divino. Nosotros tenemos, por ejemplo, nuestra laboriosidad, nuestra ambición, nuestra perspicacia: todo el mundo sabe de ello, y además de eso tenemos probablemente una vez más *nuestra* laboriosidad, *nuestra* ambición, *nuestra* perspicacia: ¡pero para estas escamas nuestras de reptil aún no ha sido inventado el microscopio!

Y aquí es donde los amigos de la moralidad instintiva dirán: «¡Bravo! ¡Por lo menos él considera que son posibles las virtudes inconscientes; eso nos basta!». ¡Oh, vosotros los modestos!

9

NUESTRAS ERUPCIONES

Innumerables cosas que la humanidad se apropió en estadios primigenios, pero de manera tan débil y embrionaria que nadie supo percibir las como apropiadas, irrumpen súbitamente a la luz largo tiempo después, tal vez luego de milenios: entretanto se hicieron fuertes y han madurado. A algunas épocas parece faltarles completamente este o aquel talento, esta o aquella virtud, así como sucede con algunos hombres: pero basta con esperar hasta los hijos y los nietos, si se tiene tiempo para esperar; ellos pondrán a la luz del sol la intimidad de su abuelo, aquella intimidad de la que ni el mismo abuelo nada sabía. A menudo el hijo es el delator de su padre: éste se entiende mejor a sí mismo después de tener a su hijo. Todos tenemos jardines ocultos y plantaciones en nosotros; y, para usar otro símil, todos somos volcanes

que están en crecimiento y que tendrán su hora de erupción; cuán cerca o cuán lejos se encuentre ésta, es algo que sin duda nadie sabe, ni siquiera el amado Dios.

IO

UNA ESPECIE DE ATAVISMO

De preferencia entiendo a los hombres excepcionales de una época como súbitos retoños que emergen de culturas pasadas y de sus fuerzas³⁶: en cierto modo, como el atavismo de un pueblo y de su urbanidad; ¡de esta manera hay en ellos algo que realmente aún cabe *entender*! Ahora aparecen como extraños, raros, extraordinarios; y quien siente dentro de sí estas fuerzas, tiene que cuidarlas, defenderlas, venerarlas, criarlas en contra de un mundo distinto que se le opone: y así llegará a ser, junto a ellas, o bien un gran hombre o un loco y un marginado, si es que no perece tempranamente por completo. En otros tiempos eran habituales estas mismas cualidades y, en consecuencia, eran consideradas como algo común: no destacaban. Tal vez eran promovidas, dadas por supuestas; era imposible llegar a ser grande con ellas, por lo pronto porque faltaba el peligro de volverse loco o solitario con ellas. Las generaciones y castas que *conservan* a un pueblo son especialmente aquellas en las que acontecen tales parecidos con los viejos instintos, mientras que no existe ninguna probabilidad para esos atavismos cuando cambian demasiado rápidamente las razas, hábitos, estimaciones de valor. Con respecto a las fuerzas de la evolución de un pueblo, el *tempo* es tan importan-

te como en la música; en nuestro caso es absolutamente necesario un *andante* en la evolución, como el *tempo* de un espíritu apasionado y pausado; y la especie es efectivamente el espíritu de las generaciones conservadoras.

II

LA CONCIENCIA

La claridad sobre sí mismo³⁷ es el último y más tardío desarrollo de lo orgánico y, por consiguiente, lo menos acabado y menos fuerte en él. De la claridad sobre sí mismo proceden innumerables equivocaciones que hacen que un animal, un hombre, perezca antes de lo que sería necesario, «sobrepasando el destino», como dice Homero. Si la asociación de los instintos conservadores no fuese tan extraordinariamente poderosa, si no sirviera en su totalidad como reguladora, la humanidad habría sucumbido debido a sus juicios trastornados y a su fantasear con los ojos abiertos, debido a su carencia de fundamentos y credulidad, en resumen, debido precisamente a su claridad sobre sí misma; o más bien, ¡sin aquélla, hace ya mucho tiempo que ésta no existiría! Antes que una función se haya formado y madurado, es un peligro del organismo: ¡está bien que se la tiranice abiertamente durante tanto tiempo! De esa manera se tiranizará abiertamente la claridad sobre sí mismo, ¡y no en último término, por el orgullo de hacerlo! Se piensa que aquí está *el núcleo* del hombre, ¡lo permanente, eterno, último y más originario en él! ¡Se considera a la claridad sobre sí mis-

mo como una firme magnitud dada! ¡Negad su crecimiento, sus intermitencias! ¡Tomadla como «unidad del organismo»!

Esta ridícula sobreestimación y desconocimiento de la conciencia tiene como consecuencia la gran utilidad de que con ello se *ha impedido* su formación demasiado rápida. Debido a que los hombres creyeron tener ya la claridad sobre sí mismos, hicieron pocos esfuerzos por adquirirla; ¡e incluso ahora no sucede de manera diferente! Continúa siendo una *tarea* completamente nueva, que precisamente ahora comienza a alborear ante los ojos del hombre y es apenas perceptible con nitidez: *hacerse cuerpo con el saber* y hacerlo instintivo; ¡una tarea que será vista solamente por aquellos que han entendido que hasta ahora sólo nuestros errores se habían hecho cuerpo, y que toda nuestra claridad sobre nosotros mismos se remite a errores!

I 2

ACERCA DE LA META DE LA CIENCIA

¿Qué? ¿La meta final de la ciencia sería procurarle al hombre el mayor placer posible y el menor desplacer posible³⁸? ¿Qué sucedería si el placer y el desplacer estuviesen anudados con un cordón, de tal manera que quien *quiera* tener lo máximo posible de uno, *habrá* de tener también lo máximo posible del otro; y que quien quiera aprender los «gritos de júbilo del alto cielo», también ha de estar preparado para «el desconsuelo de la muerte»? ¡Y así es como sucede, tal vez! Por lo menos así creían

los estoicos que sucedía, y eran consecuentes cuando aspiraban al menor placer posible, para tener el menor desplacer posible en la vida. (Cuando se pronunciaba el refrán: «El más virtuoso es el más feliz», con él se disponía tanto de un lema educativo para la gran masa, como de una sutileza casuística para los sutiles.) También hoy en día tenéis vosotros la elección: ¡o bien el *menor desplacer posible*, es decir, ausencia de dolor –y en lo fundamental, los socialistas y los políticos de todos los partidos no deberían prometer honestamente nada más que esto a su gente–, o bien el *mayor desplacer posible*, como premio por el crecimiento de una cantidad de exquisitos placeres y alegrías rara vez degustados hasta ahora! Si os decidís por el primero, entonces queréis reducir y disminuir lo doloroso en el hombre, luego tendríais que reducir y disminuir también su *capacidad para la alegría*. ¡De hecho, *con la ciencia* se puede promover tanto una como otra meta! Tal vez ella es actualmente más conocida por su fuerza para quitarle al hombre su alegría y hacerlo más frío, estatuario, estoico. Pero también podría descubrírsele como la *gran dispensadora de dolor*; ¡y entonces tal vez se descubriría simultáneamente su fuerza contraria, su formidable capacidad para hacer relumbrar nuevos mundos siderales de felicidad!